

Primera parte:

El encuentro

Una hermosa tarde de primavera, Víctor, un hombre de aspecto elegante e informal, fue a sentarse al que era su banco preferido del mayor parque de aquella gran ciudad. Allí se sentía en paz, aflojaba el nudo de la corbata y apoyaba los pies descalzos sobre una mu-llida alfombra de tréboles. A Víctor, que tenía sesenta y cuatro años y un pasado lleno de éxitos, le gustaba aquel lugar.

Pero esa tarde sería distinta de otras; algo inesperado estaba a punto de ocurrir.

Se acercaba al mismo banco, con intención de sentarse, otro hombre, también en la sesentena, David. Tenía un andar cansado, tal vez abatido. Se intuía en él a alguien triste, aunque conservaba, a su manera, un cierto aire de dignidad. David lo estaba pasando bastante mal en esos momentos. De hecho, lo había pasado mal durante los últimos años.

David se sentó junto a Víctor y sus miradas se

cruzaron. Lo extraño fue que tanto uno como otro, los dos al mismo tiempo, pensaron que un vínculo los unía, algo conocido... muy lejano, pero íntimamente familiar.

—¿Tú eres Víctor? —preguntó David con precaución.

—¿Y tú David? —contestó Víctor, ya seguro de que reconocía en aquella persona a su amigo.

—¡No puede ser!

—¡No me lo creo, después de tanto tiempo!

En ese instante se levantaron, se abrazaron y soltaron una sonora carcajada.

Víctor y David habían sido amigos íntimos en la infancia, desde los dos hasta los diez años. Eran vecinos en el modesto barrio donde vivieron sus primeros años.

—¡Te he reconocido por esos inconfundibles ojos azules! —le explicó Víctor.

—Y yo a ti por esa mirada tan limpia y sincera que tenías hace..., hace... ¡cincuenta y cuatro años! No ha cambiado en nada —le respondió David.

Recordaron y compartieron entonces anécdotas de la infancia y recuperaron lugares y personajes que creían olvidados. Finalmente, Víctor, que distinguía en la expresión de su amigo una sombra de tristeza, le dijo:

—Viejo amigo, cuéntame cómo te ha ido en esta vida...

David se encogió de hombros y suspiró.

—Mi vida ha sido un conjunto de despropósitos.

—¿Por qué?

—Recordarás que mi familia dejó el barrio en el que éramos vecinos cuando yo tenía diez años, que desaparecimos un día y nunca más se supo de nosotros. Resulta que mi padre heredó una inmensa fortuna de un tío lejano que no tenía descendencia. Nos fuimos sin decir nada a nadie. Mis padres no quisieron que se supiera que la suerte nos había favorecido. Cambiamos de hogar, de coche, de vecinos, de amigos. En ese momento tú y yo perdimos el contacto...

—¡Así que fue por eso! —exclamó Víctor—. Siempre nos preguntamos qué os había pasado... ¿Tanta fortuna recibisteis?

—Sí. Además, una parte importante de lo recibido en herencia fue una gran empresa textil en pleno funcionamiento y con abundantes beneficios. Mi padre la hizo incluso crecer más. Cuando murió, yo me ocupé de ella. Pero tuve muy mala suerte. Todo fue en mi contra —explicó David.

—¿Qué pasó?

—Durante mucho tiempo no cambié nada, pues las cosas iban más o menos bien. Pero de pronto empezaron a aparecer competidores por todas partes y las ventas bajaron. Nuestro producto era el mejor, así que yo tenía la esperanza de que los clientes se dieran cuenta de que nuestros competidores no ofrecían la misma calidad. Pero los clientes no entienden de telas. Si de verdad hubieran sabido se habrían dado cuenta.

Así que se lanzaron a por los productos de las nuevas marcas que iban saliendo al mercado.

David tomó aliento. Recordar todo aquello no era agradable. Víctor permanecía en silencio, sin saber qué decir.

—Perdí mucho dinero, pero la empresa estaba aún saneada. Intenté reducir los costes tanto como pude, pero cuanto más lo hacía, más bajaban las ventas. Estuve a punto de crear una marca propia, pero no me atreví. El mercado pedía marcas extranjeras. Eso me puso en el límite. Como último recurso pensé en abrir una cadena de tiendas propias. Tardé en decidirme y, cuando lo hice, no pude hacer frente al coste de los locales, pues las ventas no lo cubrían. Empecé a fallar en mis pagos. Así que tuve que responder con los activos: la fábrica, mis tierras, mi casa, todas mis propiedades... Lo tuve todo en mi mano, tuve todo lo que quise y lo perdí. La suerte nunca me acompañó.

—¿Qué hiciste entonces? —preguntó Víctor.

—Nada. No sabía qué podía hacer. Todas las personas que antes me habían alabado ahora me daban la espalda. Anduve entre un empleo y otro, pero no me adapté o no supieron entenderme... Llegó incluso un momento en que pasé hambre... He sobrevivido durante más de quince años como he podido, ganándome la vida con las propinas que obtengo haciendo recados e incluso recibiendo ayuda de buena gente que me conoce, en el barrio en el que ahora vivo. La mala suerte siempre ha estado conmigo.

David no tenía ganas de seguir hablando, así que le preguntó a su amigo de infancia:

—Y a ti, ¿cómo te ha ido en la vida? ¿Has tenido suerte?

Víctor esbozó una sonrisa.

—Como recordarás, mis padres eran pobres, más pobres que los tuyos cuando vivíais en el barrio. Mis orígenes son más que humildes, lo sabes bien, son precarios. Muchas noches no teníamos qué comer. A veces, incluso, tu madre nos traía algo porque sabía que en casa las cosas iban mal. Como también sabes, no pude ir al colegio, así que estudié en la universidad de la vida. Empecé a trabajar con diez años, precisamente poco tiempo después de que tu familia y tú desaparecierais misteriosamente.

»Empecé lavando coches. Después trabajé en un hotel, de botones. Más tarde subí de categoría y trabajé como portero de varios hoteles de cinco estrellas... Hasta que a los veintidós años me di cuenta de que *yo podía tener suerte, si me lo proponía*.

—¿Cómo lo hiciste? —le preguntó David, con un tono mezcla de curiosidad y escepticismo.

—Adquirí un pequeño taller que estaba a punto de cerrar. Lo compré con un crédito y con todos los ahorros de que disponía. Era un taller que fabricaba bolsos de piel. Yo había visto todo tipo de bolsos en restaurantes y en los lujosos hoteles en los que trabajé. Así que sabía lo que les gustaba a las personas con dinero. No tenía más que fabricar lo que tantas veces

había visto llevar cuando trabajaba como mozo.

»Al principio, yo mismo me ocupaba tanto de fabricar como de salir a vender. Trabajé por las noches y los fines de semana. El primer año fue muy bien, pero reinvertí todo lo que gané en comprar más género y en viajar por todo el país, para averiguar qué se fabricaba en otras partes. Necesitaba saber más que nadie sobre bolsos de piel. Aprendí mucho visitando tiendas. Preguntaba a todo el que veía con un bolso qué le gustaba y qué le disgustaba del suyo...

Víctor recordaba con pasión aquellos primeros años. Continuó:

—Las ventas fueron creciendo. Durante diez años reinvertí todo lo que gané. Busqué oportunidades allí donde pensé que podía haberlas. Modifiqué cada año los modelos de mis bolsos que más se vendían, nunca fueron iguales. Nunca dejé un problema del taller para el día siguiente. Intenté ser la causa de todo lo que acontecía a mi alrededor. Fui adquiriendo un taller tras otro, luego llegaron las fábricas. Finalmente, conseguí crear un próspero negocio. La verdad es que no fue sencillo, pero el resultado supera lo que imaginaba cuando empecé.

David le interrumpió en ese punto y matizó la última apreciación:

—¿No será, en realidad, que tuviste mucha suerte?

—¿Eso crees? ¿Realmente crees que sólo tuve suerte? —exclamó Víctor, sorprendido.

—No he querido molestarte ni menospreciarte —explicó con un hilo de voz David—. Pero resulta difícil creer que tú solo eres el motivo de tus éxitos. La suerte sonríe a quien el destino caprichosamente escoge. A ti te sonrió y a mí no. Eso es todo, viejo amigo.

Víctor se quedó pensativo. Al cabo de un tiempo, le contestó:

—Mira, yo no heredé ninguna gran fortuna, pero recibí algo mucho mejor de mi abuelo... ¿Conoces la diferencia entre la suerte y la Buena Suerte, con mayúsculas?

—No la conozco —contestó David, sin mostrar interés.

—Aprendí la diferencia entre la suerte y la Buena Suerte con un cuento que me explicaba mi abuelo cuando vivía con nosotros. A menudo he pensado, y aún sigo pensando, que ese cuento cambió mi vida. Me ha acompañado en momentos de miedo, de duda, de incertidumbre, de confusión y también en momentos de alegría, felicidad, gratitud... Gracias a este cuento decidí comprar el taller con el fruto de seis años de esfuerzo apasionado y de ahorro. Fue también este cuento el detonante de otras muchas decisiones que luego se han revelado cruciales en mi vida.

Víctor siguió hablando, mientras David, con la cabeza hundida entre los hombros, dirigía la mirada al suelo.

—Quizás a los sesenta y cuatro años uno ya no está para cuentos..., pero nunca es tarde para oír

algo que puede ser útil. Como dice el refrán: *Mientras hay vida, hay esperanza*. Si lo deseas, puedo explicártelo.

David guardaba silencio, así que Víctor prosiguió:

—Es un cuento que ha ayudado a muchas personas. Y no solamente a gente del mundo de los negocios, también a emprendedores y a profesionales de todos los campos. Las personas que aprenden y asumen la diferencia entre la suerte a secas y la Buena Suerte han obtenido excelentes resultados en sus trabajos, en las empresas en las que trabajaban. A otros les ha servido incluso para cultivar un amor. Ha servido también a deportistas, a artistas, a científicos e investigadores... Y te lo digo porque lo he observado de primera mano; tengo ya sesenta y cuatro años y soy testigo del efecto de la leyenda en muchas de esas personas.

David se incorporó y habló, quizá movido por la curiosidad:

—De acuerdo, dime: ¿Cuál es la diferencia entre la suerte y la Buena Suerte?

Víctor meditó antes de contestar.

—Cuando vuestra familia recibió la herencia tuvisteis suerte. Pero esa suerte no depende de uno, por eso tampoco dura demasiado. Sólo tuviste algo de suerte, y ésa es la razón de que ahora no tengas nada. Yo, en cambio, me dediqué a crear suerte. La suerte, a secas, no depende de ti. La Buena Suerte, *sólo depen-*

de de ti. Esta última es la verdadera. Mucho me temo que la primera no existe.

David no daba crédito a lo que oía.

—¿Me estás diciendo que la suerte no existe?

—De acuerdo... Digamos que sí que existe, pero es tan improbable que resulta vano esperar que te alcance precisamente a ti, a cualquiera. Y, si al fin llega, no dura demasiado, es pasajera. ¿Sabías que casi el 90 por ciento de las personas a las que les ha tocado la lotería no han tardado más de diez años en arruinarse o en volver a estar como antes estaban? En cambio, la Buena Suerte es posible siempre que te lo propongas. Por eso se llama Buena Suerte, porque es la buena, la de verdad.

—¿Por qué es la de verdad? ¿Cuál es la diferencia? —insistió David. Empezaba a sentirse muy intrigado por las palabras de su amigo.

—¿Quieres oír el cuento?

David dudó unos instantes. Al fin y al cabo, aunque no podía volver atrás, no perdía nada por escuchar. Además, le resultaba agradable que su mejor amigo de la infancia le contase, con sesenta y cuatro años, un cuento. Y no sólo eso, hacía demasiado tiempo que nadie le contaba algo, como si fuese un niño.

— De acuerdo, cuéntamelo —accedió por fin.



Primera Regla de la Buena Suerte

La suerte no dura demasiado tiempo,
porque no depende de ti.

La Buena Suerte la crea uno mismo,
por eso dura siempre.

Segunda parte:

La leyenda del Trébol Mágico

I

El reto de Merlín

Hace mucho tiempo, en un reino muy lejano, un mago llamado Merlín reunió a todos los caballeros del lugar en los jardines del castillo real y les dijo:

—Hace tiempo que muchos de vosotros me pedís un reto. Algunos me habéis sugerido que organice un torneo entre todos los caballeros del reino. Otros habéis pedido que organice un concurso de destreza con la lanza y la espada. Sin embargo, voy a proponeros un reto diferente.

La expectación entre los caballeros era máxima. Merlín continuó:

—He sabido que en nuestro reino, en un plazo de siete noches, nacerá el *Trébol Mágico*.

Hubo entonces un revuelo, murmullos y exclamaciones entre los presentes. Algunos ya sabían a qué se refería; otros, no. Merlín puso orden.

—¡Calma, calma! Dejadme que os explique qué es el *Trébol Mágico*: es un trébol de cuatro hojas úni-

co, que proporciona al que lo posee un poder también único: *la suerte sin límites*. Sin límite de tiempo ni límite de ámbito. Proporciona suerte en el combate, suerte en el comercio, suerte en el amor, suerte en las riquezas... ¡suerte ilimitada!

Los caballeros hablaban y hablaban entre ellos con gran excitación. Todos querían encontrar el *Trébol Mágico de cuatro hojas*. Incluso algunos se pusieron en pie, lanzaron gritos de victoria e invocaron a los dioses.

De nuevo, Merlín aplacó los murmullos y tomó la palabra:

—¡Silencio! Aún no os lo he dicho todo. El *Trébol Mágico de cuatro hojas* nacerá en el Bosque Encantado, más allá de las doce colinas, detrás del Valle del Olvido. No sé en qué rincón será, pero nacerá en algún lugar del bosque.

Aquella excitación inicial se vino abajo. Primero se hizo el silencio y, a continuación, los suspiros de desánimo resonaron por los jardines del castillo. Y es que el Bosque Encantado era tan extenso como la parte del reino que estaba habitada. Se trataba de miles y miles de hectáreas de espeso bosque. ¿Cómo encontrar un minúsculo trébol de cuatro hojas en tan extenso lugar? ¡Hubiera sido cien mil veces mejor buscar una aguja en un pajar! Por lo menos, ese sería un reto posible.

Ante la dificultad de la empresa, la mayoría de los caballeros abandonaron el castillo real, mascullando quejidos de protesta y dirigiendo miradas de desaprobación a Merlín cuando pasaban junto a él.

—Avísame cuando tengas algún reto que se pueda alcanzar —le decía uno.

—Si hubiera sabido que se trataba de algo así, no me hubiera molestado en venir —añadía otro.

—¡Vaya reto! ¿Por qué no nos has enviado a un desierto a encontrar un grano de arena azul? ¡Hubiera sido más fácil! —le espetaba otro, con sorna.

Uno tras otro, todos los caballeros salieron del jardín, se dirigieron a las cuadras y montaron en sus caballos. Sólo dos se quedaron con Merlín.

—¿Y bien? —preguntó entonces el mago—. ¿Vosotros no os vais?

Uno de ellos, que se llamaba Nott y llevaba una capa negra, respondió:

—Sin duda es difícil. El Bosque Encantado es enorme. Pero sé a quién preguntar. Creo que podré encontrar el trébol que dices. Yo iré a buscar el *Trébol Mágico de cuatro hojas*. El trébol será para mí.

El otro, que se llamaba Sid y llevaba una capa blanca, se mantuvo en silencio hasta que Merlín le dirigió una mirada escrutadora. Entonces dijo:

—Si tú dices que el *Trébol Mágico de cuatro hojas*, el trébol de la suerte ilimitada, va a nacer en el bosque, significa que así será. Creo en tu palabra. Por eso iré al bosque.

Así pues, ambos caballeros partieron hacia el Bosque Encantado. Nott, en su caballo negro. Sid, en su caballo blanco.



Segunda Regla de la Buena Suerte

Muchos son los que quieren tener Buena Suerte, pero pocos los que deciden ir a por ella.